

La masacre de La Bomba, de la tragedia al proceso de resistencia y las disputas por la verdad y la memoria

Valeria Mapelman¹

Resumen:

En octubre de 1947 en un paraje llamado La Bomba, una masacre perpetrada por la Gendarmería Nacional bajo las órdenes del Ministerio de Guerra y Marina resultó en una de las peores tragedias que la memoria del pueblo pilagá recuerda. Luego de más de sesenta años de silencio, los sobrevivientes y los hijos y nietos de las víctimas llevan adelante un proceso de reconstrucción histórica que incluye la puesta en valor de su memoria y la búsqueda de la verdad y la justicia.

En el centro del Territorio Nacional de Formosa durante la primavera de 1947, un hombre pilagá llamado Tonkiet acaparó la atención de miles de personas que se reunieron en el paraje de La Bomba atraídos por su prédica. Las familias viajaron desde los parajes más distantes para escuchar las novedosas noticias sobre un Dios hasta entonces desconocido y experimentar el poder de la palabra escrita en la Biblia, un libro al que este *“hombre que curaba sin cobrar”*² recurría en sus sesiones terapéuticas. Tonkiet conoció al Dios de los pentecostales en un viaje realizado durante el año 1945 a Zapallar, Territorio Nacional del Chaco donde contactó a un misionero norteamericano que no dudó en reclutarlo para sus filas. Pero al regresar a Formosa desarrolló un culto novedoso que se alejó del pentecostalismo fusionándose con la religión ancestral y en el que las danzas, la música y las largas sesiones de sanación de los enfermos conformaron el eje de su práctica. Tonkiet se apropió de los elementos religiosos que una cultura foránea introducía con energía en el Gran Chaco transformándolos y ante esta alteración de sus objetivos los pentecostales

¹Documentalista, miembro de la Red de Estudios en Genocidio y Política Indígena de Argentina

²Descripción de Setkoki´en (Melitón Dominguez) sobre Tonkiet grabada en el año 2006

se alejaron de él considerando que sus prácticas tenían que ver “con los malos hábitos de los indígenas”³. La multitudinaria reunión que se desarrolló en La Bomba en 1947 no sólo incomodó a los misioneros, sino que se convirtió también en una clara manifestación de resistencia al poder estatal.

El paraje de La Bomba, antiguo asentamiento pilagá, era parte del circuito de *paradas* que permitía a las familias trashumantes alojarse cerca del pueblo de Las Lomitas, y de la estación de tren, antes de emprender el viaje a los ingenios azucareros de Salta y Jujuy, o al volver de la zafra. El sitio está ubicado a orillas de un *madrejón*⁴, que servía para el riego de las chacras y la cría de animales. Pero La Bomba, además, había quedado dentro del trazado de la Zona Militar y a escasos mil metros de un edificio que albergaba al escuadrón 18 de Gendarmería Nacional responsable del control policial de esta zona. Este mismo edificio antes había sido ocupado por la Gendarmería de Línea y antes que eso por el 9 de Caballería con activa participación en diferentes campañas militares, dando continuidad al proceso genocida que resultó en el despojo territorial, la imposición de prácticas concentracionarias y los crímenes masivos contra los pueblos originarios.

Se cree que las personas que llegaron a La Bomba, y que no sólo cantaban y tocaban los tambores cada noche, sino que circularon por Las Lomitas durante semanas sumaron varios cientos a principios de octubre (las fuentes de gendarmería refieren más de mil). En este espacio habían levantado una “corona”, una elevación de tierra de forma circular que hacía las veces de santuario y de escenario para las sesiones de sanación, y que a la vez constituía una marcación religiosa y política de aquel espacio.

Durante los primeros días de octubre los gendarmes y más tarde un funcionario de la Dirección de Protección al Aborigen, dependiente de la Secretaría de Trabajo y Previsión intentaron infructuosamente desalojar a los pilagá y despejar el paraje. El 10 de octubre por la tarde, efectivos de la Gendarmería Nacional, dispararon con fusiles y ametralladoras pesadas contra la multitud. Para esa fecha por resolución del Poder Ejecutivo, la

³ Cesar Ceriani Cernadas

⁴Curso de aguas tranquilas y pantanosas

Gendarmería había migrado de la égida del Ministerio del Interior a la del Ministerio de Guerra quedando bajo las órdenes de Humberto Sosa Molina. Esta migración de la gendarmería estaba contemplada en la ley 12.545, para casos que comprometieran “el orden interno”.

De acuerdo a los testimonios de los sobrevivientes, la matanza y la persecución de las familias por el monte se extendieron durante semanas. Según documentos Secretos y Reservados enviados desde el Ministerio de Guerra y recibidos por el Ministerio del Interior, el 16 de octubre mientras las patrullas se movían en tierra, un avión Junker de la Fuerza Aérea despegó desde El Palomar en Buenos Aires, hizo una parada en Resistencia donde se le colocó una ametralladora y se dirigió a Formosa para colaborar en la represión. Durante la primera mitad del mes un número indeterminado de adultos y niños murieron debido a las heridas, a la sed y el hambre y en otros fusilamientos. Durante la segunda mitad del mes se multiplicaron las capturas, se utilizó la violación como arma y se asesinó no sólo a adultos sino también a niños. Quienes fueron capturados con vida fueron llevados a su destino final en las Colonias Indígenas de Francisco Muñiz y Bartolomé de las Casas a donde se los redujo a trabajar como peones bajo la vigilancia de la Gendarmería. Un año más tarde, aproximadamente, las familias fueron escapando de estas colonias y con el tiempo algunos pudieron regresar a las inmediaciones de La Bomba y a sus comunidades en el norte y el este del territorio.

Durante más de sesenta años el pueblo pilagá no tuvo oportunidad de contar lo sucedido. El terror fue sembrado con éxito y también la mentira. ¿Cómo pudieron ocultarse estos hechos? ¿Cómo pudo la masacre de La Bomba ser cubierta con tan robusto silencio?

Panorí, (Alejandro Granada) fallecido hace cuatro años refirió hace tiempo:

-“Nosotros no tenemos libros, los gendarmes tienen libros pero están llenos de mentiras”

Panori (Alejandro Granada)

El testimonio de los sobrevivientes es también una manifestación de resistencia que enfrenta y cuestiona a la historia oficial. Como fuente directa una vez registrado, y traducido, se convierte en documento, eso fue lo que sucedió en el juzgado N1 de Formosa en la causa por crímenes de lesa humanidad, en mayo de 2014, que dio como resultado el procesamiento de Carlos Smachetti, co-piloto del avión Junker.

Este breve artículo tiene su origen en los testimonios grabados entre los años 2006 y 2010 para el documental *Octubre Pilagá, relatos sobre el silencio*.

***La masacre de La Bomba, de la tragedia al proceso de resistencia y las disputas por la
verdad y la memoria***

Memoria y resistencia

Los antecedentes de la resistencia al avance disciplinador en el Gran Chaco pueden remontarse a las rebeliones guaraníes sofocadas por Juan de Garay, o a la insurrección de los reducidos en San Javier, centro neurálgico jesuita desde donde se pensó al universo chaqueño como *fuerza de riqueza* y a las familias indígenas como *fuerza militar y de trabajo*. Los pueblos del Gran Chaco resistieron a estos inaugurales ensayos disciplinadores y a las sucesivas arremetidas militares que fueron corriendo una y otra vez la *frontera de los blancos* sobre sus territorios y de las cuales la llamada Campaña al Desierto del Norte en 1884 a cargo de Benjamín Victorica⁵ es una de las más violentas. En 1900 y 1901 fueron inauguradas en el Territorio Nacional de Formosa las reducciones de San Francisco Solano de Tacaaglé y San Francisco de Laishí, esta última por decreto de Julio A. Roca⁶. Entre 1911 y 1914, durante la presidencia de Roque Saenz Peña y mientras la región era controlada por las Fuerzas de Operaciones en el Chaco a cargo de Enrique Rostagno, se crearon las reducciones estatales de Napalpí en el Territorio Nacional del Chaco y Bartolomé de las Casas en el de Formosa. En 1936 "*bajo el amparo del regimiento de Gendarmería y dentro de la zona militarizada*"⁷ el Estado Nacional inauguró, también en Formosa, las colonias aborígenes Florentino Ameghino para familias pilagá y Francisco Javier Muñiz⁸, muy cerca de Las Lomitas, donde fueron *concentradas* decenas de familias wichí para producir algodón y servir a los empresarios del azúcar en época de zafra. La doble función de las reducciones sintetizaba los principales objetivos del proyecto de

⁵ Ministro de Guerra y Marina de Julio Argentino Roca

⁶ Giordano, 2003 y Orquera de Guanes, 1979

⁷ Pardal, Ramón (1936)

conquista: reservar en su interior *“brazos baratos para las industrias”*⁹ vaciando al mismo tiempo las tierras que los *blancos* ambicionaban.

En 1946 la Comisión Honoraria de Reducciones de Indios a cargo de estos recintos, cambió su denominación por el de Dirección de Protección al Aborigen y pasó a depender de la Secretaría de Trabajo y Previsión. La masacre de La Bomba ocurrida al año siguiente demuestra que Bartolomé de las Casas y Francisco Javier Muñiz administradas por un funcionario civil, lejos de brindar protección se convirtieron en campos de trabajo donde se confinó a los sobrevivientes que el genocidio produjo.

La conexión entre la represión de octubre de 1947 y las reducciones aparece claramente en la memoria de los sobrevivientes. De esta manera lo relata Salqoe:

-Venían cada tarde los Gendarmes y también los del pueblo a ver qué hacíamos. Pero no sabían que estábamos haciendo, no entendían. Entonces los blancos dijeron:

-Vamos a hacer trabajar a toda esta gente. Vamos a llevarlos a una “tierra segura”. Vamos a conseguir un lugar para hacerlos trabajar.

-Entonces llegó Cáceres que era administrador de la colonia Bartolomé de las Casas a buscarnos.

Abel Cáceres administrador de las colonias intentó convencer a las familias de que se trasladaran a *“una tierra segura”*, una artimaña que encubría una amenaza, y que a la luz de los hechos que ocurrirían más tarde puede traducirse en que sólo si aceptaban

⁹Benjamín Victorica, Ministro de Guerra y Marina de Julio A. Roca citado en, **Campañas militares y clase obrera, Chaco, 1870-1930**, Nicolas Iñigo Carrera Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1984

movilizarse a la reducción se les perdonaría la vida. La reducción era el lugar donde iban a “hacerlos trabajar”. Los ancianos del 47 interpretaron con lucidez las intenciones del administrador y se resistieron al traslado. Salque relata este episodio de la siguiente manera:

-Los ancianos no sabían cómo vivir de esa forma. Ellos caminaban y andaban libres por todos lados. A ellos no les interesaba un lugar seguro. Estaban acostumbrados a vivir así nomás. A los ancianos no les importaba más que orar porque no entendían lo de las “tierras seguras”. Y cuando no aceptaron la propuesta del administrador, éste avisó al gobierno de la negativa.

Entonces la comandancia del escuadrón, intentó una nueva estrategia, invitando al cacique Oñedié (Pablito Navarro) a viajar a Buenos Aires para entrevistarse con Juan Domingo Perón. Pero como relata uno de los sobrevivientes (Nidaciye, Solano Caballero) “*un anciano soñó que lo matarían*” si dejaba que los gendarmes lo alejaran del grupo y aconsejó al cacique que desistiera del viaje. Aquella decisión traería las más funestas consecuencias, pero en aquel tiempo y lugar los sueños no se discutían y las palabras de los ancianos tampoco.

La negativa de Oñedié fue interpretada como un acto de rebeldía y el 10 de octubre, a las seis de la tarde, una línea de gendarmes desplegó fusiles y ametralladoras pesadas frente a la multitud.

- Cuando empezaron los tiros caían niños, caían mujeres, ancianos y muchos hombres. A una mujer la balearon en la rodilla. Todos gritaban. Pasó una primera ráfaga, luego la segunda, y la tercera y entonces sentí miedo. Eran muchos los muertos, todos los que

estaban ahí fueron baleados. Entonces decidí escapar con un grupo de gente y dejamos atrás a los muertos que eran nuestros hermanos. Los tuvimos que abandonar

Ní'daciye (Solano Caballero)

Durante la noche los heridos fueron rematados a orillas del madrejón y se iniciaron las persecuciones. Los vecinos de Las Lomitas recuerdan el tableteo de las ametralladoras durante toda madrugada. A la mañana siguiente la prensa advirtió que la gendarmería se estaba preparando para repeler un *malón* cuando en realidad la represión ya había ocurrido el día anterior. Las noticias sobre un ataque indígena a Las Lomitas sirvieron para poner a la población aterrada del lado de los represores, y en el futuro serían retomadas por un grupo de antropólogos que interpretó los hechos de La Bomba como un levantamiento mesiánico.

Los distintos grupos que sobrevivieron a los primeros fusilamientos escaparon en diferentes direcciones seguidos por gendarmes en jeeps o a caballo que utilizaron perros rastreadores, equipos de comunicación y camiones para trasladar a los cautivos hacia las colonias indígenas convertidas en campos de prisioneros. Tonkiet y el cacique Oñedié fueron capturados y trasladados en camiones de la gendarmería a su destino final en la colonia Francisco Muñiz. Mientras se multiplicaban las capturas y los fusilamientos, un grupo conformado en su mayoría por niños y mujeres fue capturado en el campo de un colono. En ese lugar los gendarmes utilizaron la violación como arma contra las niñas, sobre este hecho Seecholé (Norma Navarrete) recordaba:

-Había muchísimas criaturitas chiquitas. Recuerdo que mi papá se preparó para huir, se sacó la ropa hasta quedar sólo con una especie de calzoncillos. Pero ¿adónde iba a escapar si estábamos rodeados? Entonces los gendarmes le hablaron al cacique Tapiceno por medio de su lenguaraz. Le dijeron que si les daban una o dos chicas ellos no abrirían fuego. Entonces agarraron a la chica más linda de todas y el mismo comandante la violó.

En La Bomba la Gendarmería prendió fuego a los cadáveres y enseres que quedaron desparramados, removió las cenizas con topadoras y los árboles mutilados por los tiros. Los camiones llevaron a más de treinta kilómetros de distancia los cuerpos de los fusilados.

La masacre de La Bomba dio como resultado un número indeterminado de muertos y desaparecidos de todas las edades, la *reducción* de cientos de personas en las colonias indígenas y más de medio siglo de silencio que extendió las consecuencias del *genocidio* hasta nuestros días. Pero a pesar del tiempo transcurrido, los hombres y mujeres que sobrevivieron guardaron en su memoria los detalles de lo sucedido, la prueba más fehaciente de un crimen silenciado y oculto. Algunos como Naketo, documentada como Rosa Fernández, volvió y recogió las balas que guardó durante décadas y pudo mostrarnos más de sesenta años después. Hoy los ancianos siguen luchando contra poderes superiores que imponen otra historia: la autorizada, que conlleva en sí misma el silencio. Luchan también, como lo señalara Paul Ricoeur¹⁰: “contra la complicidad secreta de los que no quieren saber del tema, o los que lo saben, pero prefieren ignorarlo”.

Los sobrevivientes, y los hijos y nietos de las víctimas luchan por el derecho a narrar su propia historia en el marco de un proceso que además los llevó en el año 2011 a regresar al sitio donde ocurrió la masacre. Por este “éxodo al revés”, como suele decir la gente de la comunidad, hoy están acusados de usurpación. Mientras estas familias regresaban silenciosamente un sitio de memoria, un grupo de ancianos atestiguó en el marco de un juicio por crímenes de lesa humanidad iniciado por dos abogados chaqueños, Carlos Díaz y Julio García, solicitando, como lo hizo Salqoe (Pedro Palavecino): “que el Estado nos explique por que nos hicieron esto”. Luego fue recuperada la comunidad de Penqolé, a pesar de las presiones de la gendarmería, se inauguró un pequeño museo de la memoria en Ayo La Bomba y se inició la búsqueda de apoyo y capacitación judicial en organismos de DDHH.

¹⁰Paul Ricoeur (2010)

El silencio sobre la masacre de La Bomba se mantiene hasta nuestros días perjudicando a las víctimas con un ocultamiento que sorprende por su solidez. La sociedad Argentina aún no ha debatido este hecho, el Estado no sólo no ha resarcido el enorme daño ni moral ni económicamente sino que mira hacia otro lado mientras se persigue y acosa judicialmente a las familias que retornaron al sitio de la masacre, aún así la reconstrucción del territorio a través de gestos políticos y simbólicos, el fortalecimiento de la identidad y la revitalización de la memoria son procesos que ocurren sin pausa en las comunidades pilagá. La memoria de las víctimas aporta una mirada única y necesaria que derriba las versiones halladas en documentos elaborados por los represores, la prensa funcional y los organismos oficiales partícipes del genocidio. Esta memoria ha logrado transformar la tragedia en una búsqueda por la verdad y la justicia, mientras clama por ser escuchada y valorada.

Bibliografía:

Nuestros hermanos lamanitas, Cesar Ceriani Cernadas, Ed. Biblos, Bs. As. 2008

Octubre Pllagá, relatos sobre el silencio, Valeria Mapelman, documental, Arg, 2010

Campañas militares reducciones y masacres. Las prácticas estatales sobre los pueblos originarios del Chaco. Marcelo Musante y Valeria Mapelman, en Historia de la Crueldad Argentina, Julio A. Roca y el genocidio de los pueblos originarios, Ed. El Tugurio, Bs As, 2010

Publicación N4, Ramón Pardal, Ministerio del Interior, Comisión Honoraria de Reducciones de Indios, Bs As, 1936

Plano de la misión indígena San Francisco de Laishi, Año 1905, Celina Orquera de Guanes, en Revista de la Junta Histórica del Chaco, N°2, Chaco, 1979

Lo simbólico y lo político en la historia de los pueblos indígenas. El movimiento del Dios Luciano y la Masacre de Rincón Bomba, Liliana Tamagno, Carolina Maidana, Alejandro Martínez, V Jornadas de trabajo sobre historia reciente, Universidad de General Sarmiento, Bs As, 2010

La memoria, la historia, el olvido, Paul Ricoeur, , Fondo de Cultura Económica, 2010, Bs. As